

que vuestro mismo mérito es vuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se arrojan con horror los sacrificios, tanto mayor impetran para querer entrar en ella, los que se alimentan de fieras. La voz se le añuda en la garganta, recela los tenebrosos la pasión le impele, y luchando consigo propio, alucir, hiebriste lleno de furor, ahora duda temeroso, ahora prosigue empujándole; mas los horrores de la cueva se le hacen cada vez mas espantosos. Sucedió que las aves nocturnas perturbadas en sus domicilios hasta entonces ocultos á los mortales, salian furiosas; y el tirano lleno de pavor cree que son los espíritus malignos que allí asistían á su príncipe, cuyo oráculo deseaba. Los cabellos se le erizan, un temblor general se apodera de sus miembros, cúbrese de un sudor frio, la cabeza empieza á desvanecerse, siéntanlo en una *trípode* \* infernal, y las rodillas se le baten una con otra; mas los magos le sostienen por ambos lados, y le representan que tanto pavor es crimen, y que la corona se le va á caer de la cabeza si no la asegura á toda costa. Esta sola palabra lo despierta. Él mismo se esfuerza, y como que se avergüenza de no ser héroe en sus delitos. Levántase y jura que irá hasta los infiernos con paso intrépido y valeroso por solo descubrir y haber á las manos al autor de su desgracia. Consiente que le pongan una venda sobre los ojos, que una mano desconocida le guie los pasos, que de uno á otro lado le enseñen las ceremonias nefandas, y en fin, con mano trémula deja caer el sacrilego incienso sobre el altar infame. Entonces una respuesta equívoca lo entretiene en la esperanza y en el error, y al fin se retira casi en los brazos de los ministros de la maldad; y mientras estos prometen interpretar las palabras confusas del oráculo, Alejo se esfuerza á juntar las tropas, y prepararse para una vigorosa defensa.

38 Al mismo tiempo que el tirano sudaba en medio de los horrores del *Tártaro* \*, yo vivia descansado en una especie de campos Eliseos. Las montañas de *Filipópolis* †, y las riberas del *Mariza* eran para mí la mas deliciosa vivienda, á causa de la suavísima paz que allí gozaba; mas ¡ah! que el amor excesivo de esa paz fue el origen de que yo viniese á perderla, porque ese fue el motivo de ser descubierto y preso. El caso sucedió así:

39 Habia á la otra parte del rio una gran fiesta, donde se celebran varios juegos con ciertas ceremonias supersticiosas, mezcla de la religion y barbarie de aquellos pueblos, á la que debian asistir todos los pastores y pastoras del contorno. Como los años le impe-

\* Vid. lib. IV, núm. 45, hist. núm. 22, 23.

LIBRO VI.  
y sacabrupto, le vibra el golpe de la mano de Dios. Ser de dice garboso con bizzarria: Des-  
vuestro garboso, esa vida que os acan-  
sabia Zefia cuánto estimaba á los formidables que  
propio para componer cierta contienda muy rencorosa estaba cubierto  
res de la vecindad, la que habia perturbado todas aquellas y morrion-  
ñas. El origen habia sido que *Fileno*, pastor rico, altivo, y odioso á la  
pedia injustamente como deuda un carnero á *Adriano*, pastor pobre, inde-  
bien que honrado. Estaba la justicia de una parte, y de la otra la  
fuerza: esta por costumbre temerosa, y aquella esencialmente con-  
ble. Ninguna de las dos cedia, de suerte que la discordia yenta las  
asentado su imperio en los campos de la paz, y esta íbase huyendo  
muy léjos de ellos.

40 Despues de varios juegos, puestos todos los pastores en rueda, y agitada la cuestion, fué cada uno votando, segun el órden que le daban sus años; mas yo como extranjero tuve en esta consulta el último lugar para la decision. Todos con voz unánime iban condenando á *Fileno*, porque era manifiesta su injusticia, y cada voto era una saeta que le iban clavando, hasta que en fin se levanta con furia, da patadas, grita, jura y protesta que ha de perseguir al contrario hasta perderlo del todo, aunque se pierda á sí mismo: como si la promesa de cometer muchos delitos fuese justificacion del primero. Salíale fuego por los ojos, la boca le espumaba, temblábale el habla; y perdiendo el respeto á toda la junta, se retiró con ademán descompuesto.

41 Quedaron todos aturdidos; pero *Zefia* pidió que se continuasen los votos porque queria oirme. Llegóme en fin la ocasion de hablar, y le dije á *Adriano*, á quien tenia frente á frente:

42 Si juzgais, amigo, que vuestro sosiego vale un carnero, no dudeis comprar la paz por precio tan limitado. No os digo que lo deis, os aconsejo sí que lo vendais, y que sea á muy alto precio. Dadlo á trueque de vuestra salud, de vuestra tranquilidad, y de vuestra cabeza que la teneis casi perdida por tan injusta demanda. ¡Cuántas veces, amigo, os he encontrado errante, pensativo y medio loco, dejando por los montes á discrecion de los lobos vuestro rebaño que cada dia se va disminuyendo! Sacrificad, pues, ahora esta víctima á la diosa de la paz tan venerada en estas campiñas, y ella os conservará esas pocas ovejas que teneis, y tal vez las aumentará en muy poco tiempo. Si temeis que vuestro contrario se ria de vos, reíos vos primero de él y quedaréis pagados. Reíos, que bastante razon teneis para hacerlo, porque mas pierde él que vos, pues



que vuestro mismo mérito sea vuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la ceder vuestra tranquilidad es sacrada. Cuanto mayor ímpetu os da la justicia, reparará bien los efectos de fieras que en vuestra mano está el castigar su delito. Si vos tenebranza, vengaos pero de modo que él sea solo el castigar, hijad, pues, caer sobre él todo el peso de su sinrazon; y es conveniente que seais generoso y liberal, porque esta contradicción hará parecer mayor su ambicion é injusticia. Estad cierto que si seguís mi dictámen, la memoria de su delito hasta en los tiempos venideros servirá como de basa á vuestro mérito. Todos los amantes de la paz contarán á sus hijos, como un plausible ejemplo, lo que por su respeto supo hacer Adriano. Las lenguas siempre dispuestas á criticar los defectos de los antepasados no podrán condenar á Fileno, sin exaltar vuestra fama. Esto y otras cosas que entonces me ocurrieron, le dije; y sin darme tiempo á que acabase el discurso, se levanta Adriano, viene á abrazarme estrechamente, y sale á ejecutar mi consejo. Fue general en todos contento, y quedaron tan pagados de su generosidad, que los pastores mas ricos, que eran muchos, se convinieron en regalarle á Adriano una oveja cada uno en reconocimiento del gusto que á todos habia dado.

43 Era ya la hora del convite, el cual fue servido con ciertos ritos y ceremonias que me hacian reir, porque gustaba infinito de ver la general alegría que reinaba en aquella concurrencia. Acabado el banquete, trae Adriano á nuestra presencia el mas pingüe carnero de su rebaño, adornado con ramos de olivo en las puntas, entretejidas de flores. Fue entonces llamado Fileno, y delante de todos le dice Adriano de este modo: *Conviene, amigo Fileno, que venga engalanada la victima que se consagra á la diosa de la paz, y ya que me volveis el sosiego que me quitásteis, es justo y muy justo que os dé todo cuanto pedís.* Enmudeció Fileno aturdido con el lance inopinado: rehusa aceptar la oferta, sin atinar con la razon de rehusarla; pero era por dejarse llevar ciegamente de la costumbre de no concordar con su contrario. Porfia que le es debido el carnero de justicia; mas al mismo tiempo duda recibirlo, y balbuciente se embaraza consigo mismo sin saber qué responder. Insta Adriano, instan los amigos, y él resiste, y ved aquí otra nueva contienda. El uno, habiendo tomado gusto á la generosidad, no quiere privarse de ella: el otro avergonzado de verse vencido en lance tan noble, repugna ceder al contrario tan gloriosa victoria: fué llamado otra vez para decidir la cuestion, y para hacerlo les dije así:

LIBRO III.  
Y si el carnero, le vengas á ser de dice garboso con bizzarria: Des-  
de un lance de generosidad, que os debeis impedir un acto de justicia. Estaba cubierto  
y debe ser siempre la basa de la paz y de la armonia y morrion  
hombres; y si vuestro ánimo bizzarro no disputa por el premio á la  
pieza que pedís, sino solo por la verdad del derecho que a  
neis, despues que este queda satisfecho por la aceptacion de  
os parece, si aun quereis proceder mas garboso, ninguno po  
mites á vuestra natural generosidad; y no os faltarán mil  
para manifestarla en los lances á que ella os estimulará. Esto  
que yo haria si estuviese en vuestro lugar. Pero no quiero que os  
preciseis á tomar el consejo de un pastor extranjero; sin embargo  
tengo derecho á pedirlos, y pedirlos con instancia á nombre de mi  
mayoral Polibio, á nombre de toda esta asamblea (y no me atrevo  
á decir que tambien á nombre mio), que concedais á la justicia lo  
que ella pide, á la paz lo que ella solicita, y á vuestro corazon amante  
de una y otra lo que desea, y esto para eterno destierro de la dis-  
cordia que tantos tiempos ha tenido perturbado y entristecido este  
delicioso reino de la paz.

45 Cede Fileno, se da por entendido, acepta el carnero; y abra-  
zándose mutuamente los dos competidores, ambos lo fueron de toda  
la asamblea. Retiróse Fileno con el trofeo de su victoria, y entre  
tanto que los zagales y pastoras danzaban y decian mil alabanzas á  
la diosa de la paz, hizo preparar Fileno los dos mas gruesos carne-  
ros de sus numerosos rebaños, y adornados de mil flores, acompa-  
ñado de todos sus criados y serranas, al son de flautas y otros ins-  
trumentos pastoriles, entró en el concurso para presentarlos á Adria-  
no. Este nuevo lance colmó de alegría toda la asamblea; y Zefia con  
su hermana Iria comenzaron á cantar á competencia en estilo pas-  
toril y sencillo seis canciones que yo tenia en memoria, y las repetia  
muchas veces, porque me servian de grande enseñanza. Si gustais  
os las diré. No deseaba otra cosa la Princesa, y Miseno logró la oca-  
sion de lisonjearla repitiéndolas.

## I.

Esta paz no tiene precio,  
Vale mas que plata y oro;  
De cuanto el mundo hace aprecio,  
Sin la paz todo es vileza;  
La carestía y pobreza,  
Teniendo paz, es tesoro.



que vuestro mismo mérito sea nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la codicia os dá á manos llenas tanto mayor ímpetu. En paz, está libre y seguro de fieras. De aflicciones ni de penas, Y el pobre mas desdichado. En paz, está regalado. Con un poco de pan duro <sup>1</sup>.

## III.

Vive afligido el monarca,  
Si de la paz el semblante  
Se le esconde; y de la parca  
Temiendo el golpe, desprecia  
Honra y riqueza, y no aprecia  
Cetro y corona brillante.

## IV.

Canta alegre el pobrecillo,  
Siempre que la paz le espera  
Con dulce rostro y sencillo  
La envidia no le enflaquece,  
Y goza cuanto apetece,  
Teniendo paz verdadera.

## V.

La envidia y discordia fiera,  
Que en esta tierra habitaban,  
La han dejado, ya están fuera:  
Á los abismos bajaron,  
Y á todos horrorizaron  
Con los bramidos que daban.

## VI.

Aquesta de la paz diosa,  
Con modo que nos encanta,  
Ejecuta toda cosa.  
En las nubes ha nacido,  
Del cielo y de Dios ha sido  
Producida fuerza tanta.

Razon teneis, dijo Sofía, porque quien quiera reflexionar cada cláusula, le dará mucha materia. Aquí se ve verificado vuestro sistema de que la mayor parte de los bienes y males del mundo andan con los nombres cambiados; pues Adriano rindiéndose quedó vencedor, y Fileno con apariencia de triunfo quedó verdaderamente

<sup>1</sup> *Melior est pugillus cum requie, quam plena utraque manus cum labore, et afflictione animi.* (Eccles. IV, 6).

LIBRO III.  
y sacbruto, le vinbra. No me ser de dice garboso con bizzarria: Des-  
vainad. ¿Por qué os dais esas victorias? Pero esto os dais, esa vida que os aca-  
ber cómo? ¿Por amor de la paz os fue ocasion de esas formidables que

46 Desde este dia, continuó Miseno, me llamaban estaba cubierto  
dre de la paz, y como ignoraban mi nombre y mi nacimiento y morrion  
me conocian por el *pastor extranjero*. De todos aquellos alrededores  
y aun de mas léjos me buscaban para componer sus discordias por inde-  
do yo el oráculo de los montes y de los campos. Mis elogios se ca-  
eco en los valles, y de monte en monte, de sierra en sierra, y con la  
en otero llegó el eco de mi fama á los que por todas partes pla las  
las mas eficaces diligencias para descubrirme. Estaba yo tan distante  
de lo que pasaba en Constantinopla, que ni memoria tenia de lo que  
se habia tratado en Zara. Cuando hé aquí que en el mas profundo  
silencio de la noche me veo preso y arrebatado cual ave inocente y  
descuidada que se siente llevar por los aires entre las uñas del ga-  
vilan ó del milano. Véndame los ojos, y me atan piés y manos:  
cuerdas, cadenas, esposas, grillos, todo viene á un tiempo. En fin,  
me llevan, y no sé por dónde ni á dónde: parecíame que volaba por  
la region de otro mundo; pues mis sentidos nada percibian de lo que  
pasaba en este; de suerte, que ni veía, ni oía hablar, porque un total  
silencio tenia enmudecidos á los que me conducian; hasta que en fin  
me encuentro en una oscura prision en compañía del infeliz Isaac  
Ángelo <sup>1</sup>.

47 ¡Ah, y que vos sois tan feliz como él! exclamó el Conde; ¿y  
aun, señor, insistís en decir que por los trabajos hallásteis vuestra  
felicidad? No me conducais, os ruego, por tan escabroso camino,  
porque mi naturaleza es sin duda muy diversa de la vuestra, ó vues-  
tra alma fue formada en molde particular que Dios ideó para vos;  
molde, que sin duda lo quebró luego el Omnipotente para que no  
sirviese á la formacion de otra.

48 No es mi alma de molde particular, responde Miseno, es de  
la misma especie y masa que la vuestra; y ya os dije que reconozco  
en vos los mismos pensamientos y las pasiones mismas que yo tenia  
cuando era de vuestra edad. La divina filosofia me la formó, no  
toda de una vez por fundicion en molde preparado, sino en muchas  
veces, y poco á poco, como estatua de piedra á fuerza de mazo, del  
escoplo y cincel; y cada golpe que yo me daba, ayudado de la so-  
berana mano que me corregia, venia á ser un defecto que me qui-

<sup>1</sup> Esta cárcel estaba en Constantinopla. Véase lib. VI, núm. 30.



que vuestro mismo mérito es nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se arrojan con tanta mayor ímpetu, y los otros para correr á los diferentes de fieras. Una vez que yo comencé á ver las cosas diferentes de los tenebrosos comun de los hombres, luego que ví los bienes en salir, hijos, más solo veían males, y descubrí mal grande en lo que me rodeaba bien puro: entonces el ímpetu de la naturaleza, que nos impulsa á correr tras el bien, condujo mis pasos al revés del comun de los hombres.

Para adquirir esta luz que me hacia ver que en los bienes y males andan por la mayor parte los nombres encontrados, ya veis, hijo mio, que no bastaban los golpes ligeros que cada uno se suele dar con miedo á sí mismo. Verdad es que los discursos frios que yo hacia en los montes apoyado sobre mi cayado, me dispusieron mucho para esta mudanza de entendimiento; mas los golpes de la experiencia fueron los que me llegaron á enseñar del todo. Ninguno puede conocer el valor de una alba sin tomar las pesas en la mano, examinarla de cerca, y calcular su peso. Así me fue á mí preciso experimentar y sufrir en mí propio todos los trabajos de la vida (y aun creo que me faltan muchos, que tal vez vendrán á su tiempo) para aprender esta admirable ciencia <sup>1</sup>.

50 Nosotros somos felices, dijo la Princesa á Miseno, que nos podemos aprovechar de vuestras luces, y gozar sin trabajo de vuestra felicidad. Decidnos ahora lo que en esta cárcel pasásteis.

<sup>1</sup> *Qui est magis patiens, magis est sapiens.* (S. Thomas, lib. de Con. Princip. c. 34).

## LIBRO VI.

Describe la cárcel de Constantinopla, núm. 1.—Aviváanse á Miseno y á la Princesa, se duerme, y sueña que ve en el mar un peñasco, y dentro de él un príncipe.—Habla con Isaac Ángelo, tambien preso, el que se dilata en su dolor, luego se desespera.—Miseno serena al Emperador, probándole que en la posición de la Providencia los males atraen bienes.—Hace una fea pintura de sí mismo cuando afortunado.—Se confiesa el Emperador digno de ser castigado, pero se desespera, porque no lleva bien sus trabajos.—Óyese en la ciudad tocar á rebato.—Ganan los presos al centinela con dádivas, suben ambos á lo alto de la torre.—Informa Miseno á Isaac de lo que ve, núm. 32.—Atacan la ciudad.—Promete Isaac á Miseno recompensas si llega á reinar.—Entran los latinos en la ciudad.—Sacan de la cárcel á Isaac para el trono, y dejan preso á Miseno.

1 No os sabré pintar, amigos, prosigue Miseno, el horror de aquella lúgubre prision. La oscura noche era allí nuestra inseparable compañera. Contábamos las horas, pero confundíamos los tiempos, y podíamos decir con un poeta moderno:

Media noche contaba y medio día,  
Distinguir estos tiempos no sabia.

De forma, que Isaac Ángelo sin ojos, y yo con ellos, estábamos igualmente ciegos. Cuando con la comida nos hacian bajar desde el techo una pálida, muerta y melancólica luz, mas que de consuelo me servía de tormento; porque entonces veía los increíbles horrores de aquella sepultura de vivos. El ruido de las aguas, que batian sin cesar contra las murallas de la fortaleza donde estábamos encarcelados, nos aturdió de manera, que á mas de ciegos, estábamos casi sordos.

2 El primer dia que estuve solo, me sentí asaltado de una vehemente melancolía, y así como el que pasa repentinamente del calor del sol á los estanques de nieves y hielo, que se siente todo penetrado de frio, así se sintió mi alma. Mis pasiones, que no estaban muertas, sino adormecidas, despiertas con este nuevo estímulo, se amotinaron. Advierto á mi entendimiento confuso, al alma fuera de sí, y casi en términos de verse precipitada; por cuanto en el largo descanso en que habia vivido, estuve sin cuidado de las riendas que la